

que sanis est anima et corpori sobrias potus; potu viam multum potatum, irrationem et iram et ruinam multum facit. (Sirach.) Estos principios, sentados por autoridad tan respetable, están corroborando mi manera de ver sobre la cuestión.

El agua y el calor son las fuentes de la vida. Los tres reinos que componen la creación viven de agua. La patología nos demuestra de un modo palpable, que, al inicio, la creación fué agua y fuego, que combinados bajo ciertas leyes de fuerza y movimiento, dió por resultado esta grande obra que admiramos del globo terrestre, el cual en su creciente perfección, produjo minerales, plantas y animales de diferentes especies, según la metamorfosis que atavesaba, y á medida que su superficie y su atmósfera se cargaba de los elementos adecuados para su nutrición.

Siendo, pues, el hombre un producto de la creación, la naturaleza no podía haberle producido, sino cuando tuviera preparados todos los elementos necesarios para su existencia. De manera que sin necesidad de recurrir á buscar fuera de ella alguna otro principio, ni á reacciones químicas que alterasen los existentes ya, se encontrara rodeado de los que necesitará para su asimilación y crecimiento.

De aquí no ocurre la idea lógica, á mi manera de pensar, de que todos aquellos principios asimilables que se alejen en cuanto á su composición del estado en que los produce la naturaleza, son impropios para el mantenimiento de la vida, ó por lo menos alteran la salud, usados en proporción determinada.

Nuestra constitución animal está de tal manera organizada, que instintivamente nos alejamos de todas aquellas causas que tienden á destruirnos ó dañarnos, sean naturales ó artificiales. Poco importa á nuestro instinto de conservación que sea una reacción química ó un tactismo atmosférico que amenace nuestra existencia; él, cual centinela aranzada, nos advierte siempre del peligro.

Sin quien nos lo advierta, nos alejamos del fuego, de una fiera, de un precipicio. ¿Por qué nos afeccionamos de los vicios? ¿No amagan nuestra existencia tanto unas de estas causas como otras? Cuando penetramos á una atmósfera cuyo aire se encuentra viciado, donde en lugar del oxígeno predomine el azoe ó el carbono, el instinto, sin ayuda de la reflexión, sin fórmula ninguna de pensamiento, nos aleja de allí, advirtiéndonos, por medio del sentido apropiado, que allí encontraremos nuestra ruina. ¿Obran acaso de un modo diferente los órganos de la ofiación y del gusto, cuando por una aberración ó torpeza nos acercamos á los labios la primera copa de aguardiente? ¿Y el cerebro....? ¿Y el estómago....? ¿Qué nos dicen estos órganos cuando los hemos sujetado á sufrir las consecuencias de nuestra temeridad?

Fijemos un instante nuestra atención sobre el estudio de los síntomas fisiológicos á que da lugar la absorción del vino. A las primeras dosis que se toman, la circulación se acelera, el calor de la piel aumenta, la cara se enrojece y se dilatan las facciones; los ojos brillan, la vivacidad propia del individuo se rectifica, su inteligencia se despoja, sus ideas son mas lúcidas y justas, como si su inteligencia lo abriera el arca de sus tesoros; concibe pensamientos mas intrépidos, en razon directa de la energía vital que siente poseer.

Un individuo, de carácter pacífico y concentrado, comúnmente cambia su papel por el opuesto; se hace emprendedor, fanfarron, altanero, ó bien expansivo, locuaz, cariñoso. Goza tan solo del presente, sin pensar ni en el pasado ni en el futuro. Per muchas que sean sus culpas, las olvida. Se siente feliz.... Una especie de languidez y de torpeza intelectual precede casi siempre á este estado; que un poco de reposo, y la permanencia en un aire libre y fresco basta para disipar.

Por lo tanto bienestar y esta lucidez no siempre se mantienen así, porque no siempre se restringe el bebedor á cierta dosis, que para producir tales resultados cambia, según la idiosincrasia de cada individuo, y que pasada la cual, toca las puertas del abuso.

Cuando esto sucede, la persona sufre un cambio enteramente opuesto. La excitación degenera en embriaguez. En este estado el raciocinio es incoherente, sin hilación, sin lógica. Las ideas, estrafalarias, anómalas. El oído se entorpece y sufre alucinaciones á causa de la congestión en que ha entrado el cerebro, y que le acarrea continuos y variados zumbidos. Los ojos, como si estuviesen incandescentes, brillan de una manera desagradable, siniostra, y vagan indiferentemente de un objeto á otro. La lengua se entorpece, la palabra se hace balbuciente, la voz se altera, enronqueciéndose por la congestión de los órganos respiratorios.

En tal estado, la congestión cerebral sigue en aumento, y con ella y por ella la torpeza y debilidad de todo el sistema muscular. El cuerpo hormiguosa, los miembros pierden la sensibilidad y el tacto; como que se hinchan, pierden su fuerza, y el individuo, que ha perdido también su dominio sobre ellos, cae.... Pero entre estos dos grados hay uno intermedio, en el que sin conservar el perfecto estado de su razon, conserva toda su fuerza muscular, y quizá mas que la normal, por el estado de excitación de

su cerebro. Este grado de la embriaguez es el verdaderamente peligroso para la sociedad, pues es en él que los borrachos cometen todas sus faltas y crímenes. En el primero solo se encuentra inspirado; en el segundo impedito para obrar, aunque al unísono con la imperfección de su juicio; en el tercero, embriaguez. O de otro modo: en el primer grado atraviesa el sujeto las regiones de la idea, de las inspiraciones de la felicidad, las que abandona por las de la incertidumbre, la vaguedad y el miedo, para caer luego en el mundo de los espectros y fantasmas, imágen acaso del negro Cocito. Los fisiólogos denominan este primer grado con el nombre de inspiración, el segundo, con el de excitación, y el tercero, de colapso, coma, carus, muerte aparente.

Como es natural suponer, la repetición de una tal escena, no puede menos de obrar profundamente, tanto en lo físico como en lo moral del desventurado actor. De aquí esas aberraciones de su espíritu y esas alteraciones en el parénquima de sus órganos. Ocupémonos por ahora de estos últimos, dejando para despues las alteraciones de eso moral, que estudiaremos.

Despues de algun tiempo que el individuo ha contraído el hábito de los espirituosos, se empieza á notar el desarrollo de multitud de estados patológicos que se refieren á otras tantas alteraciones anatómicas que presentan sus tejidos. Así es que la cara y los miembros se hinchan y palidecen por la diluencia y alteración de la sangre (Hidreemia); las manos, labios y lengua se ponen trémulas por la debilidad del sistema nervioso (Chorea); el hígado se hipertrofia y endurece (Cirrosis); el vientre se eleva, no siempre por el desarrollo anormal del tejido adiposo á que da lugar dicho hábito, sino porque el endurecimiento y desarrollo del hígado impide la libre circulación de la sangre en su sistema especial, que unido á su descomposición, da lugar á derrames serosos. (Ascitis.) Mas todas estas alteraciones, cualquiera que sea su gravedad, son casi insignificantes, comparadas con las que dependen de la alteración de la masa encefálica.

En efecto, cuando el cerebro llega á presentar signos de reblandecimiento ó endurecimiento, ya de decirse que el sujeto acaba, porque uno y otro estado traen la pérdida de las facultades mentales y aun la de la existencia, á causa de la diluencia, supuración ó necrosis de este órgano. Pero antes de llegar á tal extremidad, está reservado para el vicioso, que tendrá que pasar por uno de dos crisoles, dentro de los que expurgará irremisiblemente su temeridad; estos son: la *Delirium tremens*, ó la *Combustion espontánea*, que es el terrible finis de los borrachos.

Como estas dos complicaciones son igualmente interesantes de conocerse, y son cada una terreno fértil, por decir así, para útiles advertencias y reflexiones, nos ocuparemos de ellas aisladamente en la próxima vez; no olvidando por ahora disculparnos de no profundizar más en los arcanos de la ciencia, donde corremos el riesgo de perder á nuestros lectores que no estén insinuados aún en sus misterios, contribuyendo acaso, sin pensarlo, á la concepción de ideas erróneas.

F. G. CARRASCO.

Correspondencia entre Fidel y el Nigromante.

Puerto de Maricao, Mayo 20 de 1861

Mi querido Fidel:

Te referí en mi última carta el escarmiento que llevó la "Cordeliere," y la gloria de Sanchez Ochoa y de sus valientes soldados; quedé, te lo confieso, con el Jesus en la boca, porque todo presagiaba una nueva embestida de parte de los enemigos: nada ha acontecido.

Entretanto, nosotros nos entregamos á las diversiones de las Olas Altas; al lado Sud Oeste de la población, se extiende una playa, limitada por el cerro del Telégrafo y por el de la Nevería, que invaden entre peñascos el mar, y forman una pequeña bahía donde las olas, agitadas por los chubascos y desquiciadas por el cordonazo, avanzan formidables sobre la población para deshacerse en arroyuelos sobre un dique, ó para transformarse en nubes de espuma, de diamantes y de perlas al pié de la Nevería y del Telégrafo, que en lo carcomido atestiguan muchos años de diversion tan honesta.

La que disfrutan los habitantes en estos dias, suale tener algo de pecaminoso; á la orilla del dique se levantan puestas de aquellos que tú conoces, donde al abrigo de algunas cañas y de tres ó cuatro cortinas de lona humean los guisos del país, la cerveza suelta su espuma, los jugadores buscan una sota y los amantes se permiten libertades que acaban por provocar una riña

entre los felices y los envidiosos, llamados éstos padres, hermanos ó maridos.

Las puestas, colocadas á la orilla del dique, dan su espalda al mar, y su frente á los muros poco pintorescos de algunos edificios particulares: improvisada así una calle, sirve para la venta de frutas y aguas frescas, para la exhibición de hermostras, para el paseo. Al declinar el sol, llegan las jóvenes vestidas con tejidos vaporosos, que en su transparencia y colores parecen desprendidos de los magníficos celajes que ostenta el cielo, y de los variados mantos que las olas desgarran cuando entran en lucha con las inmediatas arenas. Con las sombras de la noche se aumenta la concurrencia.

Mientras todos vemos, reímos, charlamos, comemos, bebemos, jugamos, galantesmos, la "Cordeliere," apoyada sobre el centro de las tres islas, nos contempla. De cuando en cuando ese gigante enemigo sacita, como si se tratara de un lebré, uno de sus brazos y nos deja oír un solemne cañonazo; esto con el objeto de detener al vapor mercante de San Francisco, ó cualquier otro buque que siempre trae bandera norteamericana; el buque amonestado detiene su marcha; el bote se acerca y pregunta si traen armas, municiones ó enemigos; los yankees contestan: godeme; los franceses traducen: "nada de eso conducimos;" y á la hora desembarcan enemigos, parque y armamento.

El paseo termina por todas partes en un bayutero. Sobre los primeros peñascos de la Nevería se levanta un aparato giratorio, donde se alistan carros y cabezas de madera, movido todo por machachas del pueblo, y que sirve de trono á la hermosura. Esa diversion es el centro del bullicio y de los amores; á su abrigo se agrupan los catechizadores y las vendedoras de enchiladas; y el cuadro se completa por una tarima que resona al compás de la música, bajo los agitados piés de sudorosas bailarinas.

Este departamento entero pertenece al pueblo y á los muchachos que tienen, por ricos que sean, decididas simpatías por la muchedumbre; en esa clase humilde ofrecen jóvenes hermosos que, recién vestidos de los campos, sostienen la competencia cuando las damas se aproximan y toman parte en todos los juegos.

Entre esas deidades, campesinas y ciudadanas, siento decirte, hay algunas que no olvidan que Venus salió de las espumas del mar, y buscan las caticias maternales; y en las altas horas de la noche, dominan la situación; y al cabo de la temporada ellas son las que han cosechado el fruto de las fondas, de las casas de juego y de los bailes.

La guerra y la política parece que han desaparecido ante la alegría de las Olas Altas; no es así; no sé cómo explicarte la situación, cuando veo que en la República los negocios generales y los locales van á quedar, no entregados al pueblo soberano, ni á las autoridades, ni á los héroes, ni á los hombres de talento, sino á... esas divinidades que reinan á la orilla de las Olas Altas.

Y aun en medio de las mismas Olas, cuando la aurora apaga el calor que la noche habia conservado y derrama una luz hermosadora sobre la naturaleza, las jóvenes y ancianas descendiendo del dique al mar, y se entregan desnudas á las delicias del baño; ¿por qué se retiran de las olas? ¿Cuán admirables se presentarían, si dejándose abrazar por el torrente se transparentasen en su manto y subiesen girando para descender cubiertas entre gasas! A esta diversion solo se entregan algunos leperos que no se caracterizan por formas griegas. También debo decirte, que en unos puntos, para bañarte, tienes que hollar puntagulos riscos; en otros, camina sobre los crizos; más allá, espavento al contacto de las ortigas; y por otros lugares desaparece el nadador, y á los tres dias se deja ver con el vientre hinchado.

Todas estas son dificultades; pero lo que me preocupa es, en primer lugar, la "Cordeliere;" en segundo, esas niñas..... Para distraerme, me entregaré en otra carta á las consideraciones científicas.

EL NIGROMANTE.